

# Un paso hacia la Iglesia abierta



**E**N mis viajes por las tierras de España aprendo mucho. Sobre todo me doy cuenta de esa diferencia tan marcada, cuando uno bucea en ella, entre la España oficial y la España real. Entre las instituciones y las costumbres sociales.

Hemos estado acostumbrados durante muchos años a lo contrario. Para muchos españoles, la España oficial era la única existente. Es más: era la única en la que se podía pensar, porque no teníamos posibilidad de pensar en otra cosa. Ni siquiera nos dábamos cuenta muchas veces de que subconscientemente existía otra realidad de fondo muy distinta. La instrucción y la educación recibidas estaban de antemano cuadrículadas en el marco del nacional-catolicismo, y de él se partía para todo. Hoy, sin embargo, el recuerdo de lo que pasó hace bien pocos años resulta chocante. Tan grande es el cambio que hemos tenido en nuestras costumbres sociales, y, por tanto, también en las costumbres religiosas.

Una gran parte de nuestro suelo se ha abierto —en costumbres y mentalidad— a otras perspectivas muy distintas de aquellas que nos suministraba una Iglesia dictatorial y, sin duda, de corte totalitario. Una Iglesia que metía sus narices en todos los campos, no para enfocarlos abiertamente, sino para dominarlos estrechamente y sin horizonte.

Si se trataba de la moral, todo se centraba en el sexo. No contaba nada más que el sexto mandamiento del Decálogo. Nunca se hacía hincapié —salvo alguna que otra excepción social de corte paternalista— en el séptimo precepto de la ley de Dios, y ya los otros mandatos bíblicos brillaban por su ausencia.

Y, por supuesto, el sexto era interpretado a espaldas de la realidad. No sólo de la realidad contemporánea, sino de la realidad bíblica. Enfocábamos los Libros Sagrados con la mirada del puritano siglo XIX, en vez de mirar limpiamente lo que los textos querían decir. Lo sexual era entendido en el sentido más material de la palabra, como si se identificase con lo genital. Y el solo nombre de estas cuestiones estaba pudorosamente vedado.

Hoy, se quiera o no se quiera, piense lo que piense el alto estamento eclesiástico, el país ha dado un cambio en su mentalidad sexual. Empezamos a hablar llamando a las cosas por su nombre, sin rebozo. Hasta el lenguaje de las familias se ha abierto considerablemente en estos te-

mas, que antes apenas se pronunciaban en el recinto hogareño.

Lo malo es que estamos empezando, y todavía no hemos encontrado el camino de la naturalidad. Estamos todavía estrenando libertad a estos niveles, y no hacemos sino balbucear un poco torpemente. La prueba está en las publicaciones que se venden hoy en España, las cuales carecen de categoría suficiente, por lo general, al tratar de estos temas. Hay a veces una cierta cursilería, y en otras se roza lo chabacano o lo malicioso, sin llegar a la espontaneidad y a la seriedad científica al hablar de todo ello.

Pero bueno es que hayamos empezado.

Y lo mismo podríamos decir de otros aspectos que van abriendo nuestras mentes católicas. Ahora, por ejemplo, el Papa acaba de dar un paso —aunque sea pequeño— hacia adelante para intentar internacionalizar el máximo "staff" de la Iglesia: el Colegio de Cardenales.

Poco a poco, y a trancas y barrancas, hemos ido consiguiendo que la inflación italianizante de la estructura central de la Iglesia fuese suavizándose. El primero que comenzó fue el enérgico Papa Pío XI, que las mantenía tiesas a veces con sus colaboradores, que le querían envolver con sus pegajosas redes eclesiásticas. Más tarde continuó Pío XII, y así llegamos hasta la gran distensión eclesiástica de Juan XXIII y la inevitable mayor internacionalización de Pablo VI.

Y, sin embargo, todavía falta mucho por hacer.

El paso actual, en mi opinión y a pesar de las timideces al uso, ha sido importante: veintitún nuevos miembros acceden al Colegio de Cardenales y empiezan a remitir en forma apreciable las costumbres rutinarias usuales hasta ahora.

De estos 21 nuevos dirigentes centrales de las oficinas vaticanas hay dos que están en la mente del Papa solamente. Son los cardenales "in pectore". Por razones de prudencia política vaticana (un poco anacrónica en un mundo en donde todo debe hacerse a la luz del día), Pablo VI ha decidido no publicar los nombres de estos dos colaboradores. ¿Quiénes serán? Quizá dos obispos de los países socialistas, según dicen algunos comentaristas: uno polaco y otro checoslovaco.

Los detalles más característicos son: que de los 19 conocidos, 13 son obispos residenciales. No ha querido el Papa ele-

gir gente poco realista para que colaboren con él. Ha preferido, como es natural, prelados que estuvieran con las manos en la masa. Eso es una buena señal.

En cuanto a nacionalidades, pensemos que entre estos 19 sólo hay tres italianos. Menos mal que va bajando poco a poco la proporción italianizante de cardenales, pues hasta ahora hemos tenido que pasar casi constantemente por el aro de elegir Papas italianos, con esa mentalidad tan cerrada dentro de los problemas de su país y muy poco abierta a una visión más amplia y más universal.

Europeos solamente hay esta vez siete cardenales nuevos. En cambio, hay cinco americanos, tres africanos, dos asiáticos, un malgache y uno de Oceanía.

Entre los americanos solamente ha salido elegido un norteamericano: los demás han sido de Santo Domingo, Argentina y Brasil.

La proporción de obispos del Tercer Mundo es la mayor entre todos los grupos mundiales, y han sido muy notadas las ausencias de franceses y españoles.

Entre las figuras más relevantes para el futuro está la del argentino monseñor Pironio, que viene con un bagaje de experiencia realista, de apertura mental y de energía. ¿Podría ser el futuro Papa el día que Pablo VI se percatase de la necesidad de dimitir?

Porque es extraño que Montini haya visto tan claro que es necesario sanear la edad de los dirigentes de la Iglesia, ya que obispos y cardenales deben tener hoy en la Iglesia un máximo de edad para estar activos; pero no ha comprendido el vacilante y asustadizo Pablo VI que también —y muy preferentemente— a la cabeza de la Iglesia debe haber gente más vital y más joven, y no pueden eternizarse en la cumbre los dirigentes de la Iglesia.

Lo malo es que esta modificación es sólo un grano de arena en la necesaria transformación que queremos para la Iglesia los que todavía quedamos en el seno de ella. Tenemos que conseguir una simplificación y una renovación tan radical, que todavía estamos distantes de ella con estas medidas parciales. Pero menos mal que vienen. ■